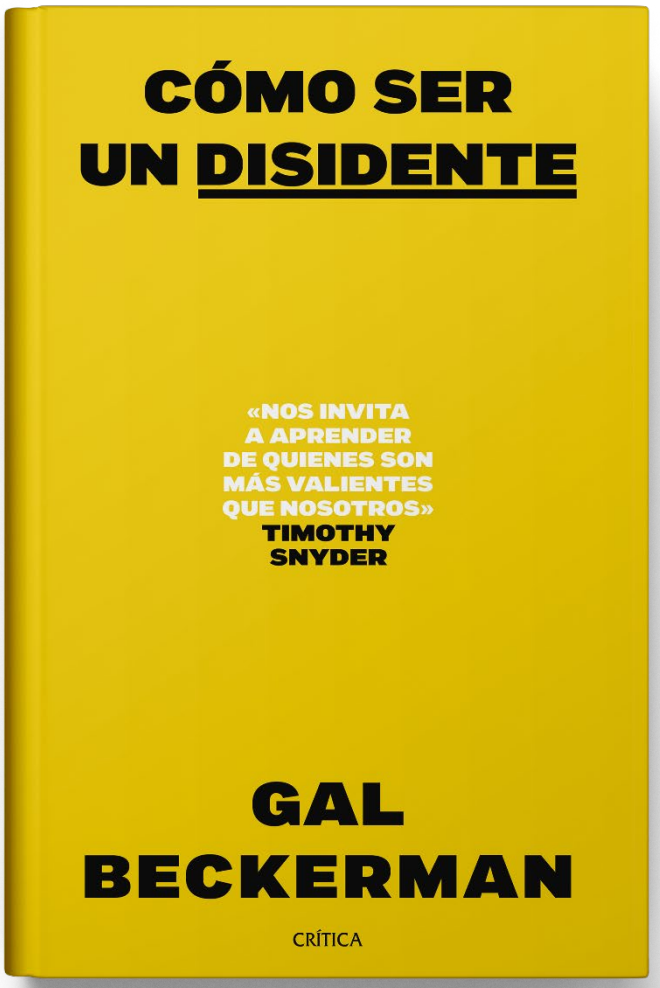
CRÍTICA

GAL BECKERMAN

CÓMO SER UN DISIDENTE



A LA VENTA EL 11 DE NOVIEMBRE

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:
Laia Barreda
Responsable de Comunicación
Área Ensayo
659 45 41 80/
laia.barreda@planeta.es

SINOPSIS

Un libro imprescindible para el mundo de hoy: en parte filosofía, en parte historia y en parte guía práctica para vivir con integridad en tiempos de deriva autoritaria.

¿Cómo resistir cuando el miedo se utiliza como herramienta de poder y la desinformación condiciona la realidad? Gal Beckerman busca respuestas en las vidas de grandes disidentes, desde Sócrates hasta Ai Weiwei y desde Hannah Arendt hasta Iris Murdoch, para descubrir las cualidades que les permitieron enfrentarse a la tiranía.

A través de diez principios, el autor muestra que la disidencia no es un don excepcional, sino una capacidad que todos podemos cultivar: la decisión de permanecer fieles a nuestra voz interior, incluso frente a las mayores presiones. *Cómo ser un disidente* es un libro urgente, inspirador y profundamente necesario.

«Una invitación a aprender de quienes son más valientes que nosotros.» Timothy Snyder

«Un análisis agudo y lúcido de lo que realmente hacen los disidentes para enfrentarse a los regímenes represivos.» Anne Applebaum

EL AUTOR



©Beowulf Sheehan

GAL BECKERMAN es redactor en *The Atlantic*. Fue editor de la sección de libros de la revista y antes trabajó como editor en *The New York Times Book Review*. Entre sus títulos anteriores se incluyen *Antes de la tormenta* (Crítica, 2023), un libro destacado por *The New York Times*, y *When They Come for Us, We'll be Gone: The Epic Struggle to Save Soviet Jewry* (2011), que fue galardonado con el Premio Sami Rohr. Sus artículos han aparecido en *The New York Times* y *The Washington Post*, entre otras publicaciones. Tiene un doctorado por la Universidad de Columbia y vive en Brooklyn, Nueva York.

EXTRACTOS DE LA OBRA

INTRODUCCIÓN

«¿Qué cabe pensar de Mandelstam o, más bien, cómo hay que pensar en él? No era un revolucionario. No tenía la intención de reunir a un ejército ni tampoco siquiera de servir de inspiración a sus compatriotas: su único objetivo consistía en expresar sin miedo ni vacilación cómo veía el mundo. Como habría dicho el dramaturgo checo Václav Havel, era una persona que vivía «en la verdad». **Era un disidente. Dicho término lleva unos quinientos años conviviendo con nosotros y se usó por vez primera para describir a sectas cristianas inconformistas que, como los puritanos o los cuáqueros, se escindieron de la Iglesia establecida en los siglos XVI y XVII. Fue en el siglo XX cuando obtuvo su significado actual para etiquetar a los intelectuales que se alzaban ante el autoritarismo imperante en la esfera soviética.** Hoy, cuando hablamos de disidentes, lo hacemos sobre todo para referirnos a activistas de lugares como Hong Kong o Venezuela que exigen reformas democráticas y han dado por ello con los huesos en la cárcel. Yo prefiero una definición más elemental. La palabra procede del latín *dissidens*, participio presente de *dissidere*, que combina el prefijo dis- («aparte») y sedere («sentarse»). Por tanto, el disidente es, de un modo bastante literal, el que se sienta aparte.»

«**El hecho de formularse incesantemente esta pregunta («¿Puedo vivir conmigo mismo?») es lo que hace que un disidente sea un disidente.** No es una postura política, ni se trata solo de decir lo que se piensa, y menos aún en una sociedad abierta en la que se permite hacerlo (un presidente de Estados Unidos que pierde las elecciones y se declara «orgulloso» de ser un «disidente político» no ha entendido bien de qué va el asunto).* Estamos hablando de algo mucho más profundo. Ser un disidente significa tratar de reducir la distancia entre lo que uno cree y cómo actúa; entender las condiciones que nos permiten ser nosotros mismos y no aceptar que nadie cometa violación alguna contra ellas, y hacer todo esto cuando corremos por ello un peligro considerable. El disidente tiene la convicción de no poder actuar de ningún otro modo.»

«Aquel célebre hombre anónimo que, en 1989, se plantó delante de una columna de carros blindados que se dirigía a Tiananmén era un disidente. Todo el mundo da por supuesto que aquella figura solitaria de pantalón negro y camisa blanca con una bolsa de la compra en cada mano bloqueó el paso de los vehículos militares para impedir que aplastasen las protestas, y lo cierto es que bien pudo ser esa su intención. Sin embargo, yo, cuando observo la fotografía, veo algo más: una persona que se dirige a su casa con el propósito de hacer la cena, pensando en la receta que tiene en mente, planificando la música que pondrá esa noche en el radiocasete y recordando los detalles de la conversación que ha tenido con su esposa, cuando de pronto aparecen en su camino cuatro carros de combate. Son ellos los que le están impidiendo el paso a él, y no al contrario. Y él es un disidente porque insiste en proseguir su camino a casa, porque se niega a quitarse de en medio.»

«El autoritarismo se encuentra hoy en alza en todo el planeta: en este momento vive bajo un régimen así el 72% de la población mundial. Y la política, claro está, no es la única fuerza de la vida moderna en cuyo ámbito se siente amenazada nuestra autonomía. Los avances tecnológicos digitales, que tan liberadores parecían cuando surgieron, también han tenido sus efectos. ¿Podemos vivir con nosotros mismos cuando los algoritmos reducen nuestra capacidad de elección a un conjunto cada vez más estrecho de bucles de retroalimentación, cuando la

vigilancia total nos roba la intimidad o la inteligencia artificial piensa por nosotros, con lo que elimina así nuestra idiosincrasia y lo que tiene de inefable la experiencia vivida?»

«¿Cuál es la actitud del disidente? ¿Cómo actúa a partir de sus convicciones? ¿Qué lo convierte en una figura tan esencial para la sociedad en su conjunto? Estas facetas suyas, reducidas a diez, se convirtieron para mí en puntos de apoyo, en piedras en las que impulsar mi escalada para escapar de la apatía y del (comprensible) aislamiento del cuidado de uno mismo. […] Tuve que empezar a concebir la disidencia bajo un prisma diferente, no como un momento definido de acción ni como una elección, sino como un modo de ser.»

Hay que buscar la soledad y hacer frente a la incomodidad y al miedo

«Aleksandr Solzhenitsin podría ser fácilmente el santo patrón de los disidentes. El escritor soviético estuvo preso en el Gulag durante poco menos de una década hasta la muerte de Stalin, ocurrida en 1953. Un tiempo después de su liberación, publicó un libro de dos mil páginas en el que revelaba no ya el ingente sistema penal que había conocido, sino cada uno de los aspectos de su sociedad endémicamente engañosos, corruptos y crueles. Cada palabra que pronunciaba aquel hombre de barba larga y rala y unos ojos tristes que le conferían aires de profeta resonaba con el peso de la certidumbre moral más absoluta. Era austero y desafiante, y al exiliarse en 1974 dio a sus conciudadanos soviéticos un consejo tan sencillo como imposible de seguir: no mintáis nunca.»

«**El conformismo es algo que se da de forma muy natural en los seres humanos. Es lo que ha permitido a nuestra especie subsistir tanto tiempo, porque tendemos a trabajar bien en colaboración.** En el seno de nuestras tribus, sabemos arrollar objeciones y recriminar a quien nos cuestiona. Hablar de ajustarse a la norma puede parecer un modo peyorativo de expresarlo, pero es lo que se requiere para que una sociedad encuentre cierto grado de estabilidad y bienestar. Nuestra mentalidad de rebaño es más que una tendencia sutil. De hecho, es bastante extrema.»

«Los neurocientíficos, intrigados también por nuestro cerebro conformista, pusieron en marcha el mismo experimento empleando equipos de resonancia magnética y descubrieron que a quienes cambiaban su respuesta se les activaban las áreas del cerebro responsables de la conciencia espacial, lo que parece indicar que se afanaban en ver (o dejar de ver o rever) el mundo de un modo tal que les permitiera ajustarse a la mayoría. Y, lo que es aún más inquietante, a quienes se resistían — quienes se aferraban a su respuesta original— empezaba a encendérseles una región cerebral totalmente distinta: el núcleo amigdalino, que normalmente se activa con la ansiedad y el conflicto emocional. **Todo apunta, pues, a que el cerebro tiene muy claro lo que quiere, y lo que quiere no es otra cosa que amoldarse**.»

«En una ocasión conocí a una adolescente israelí que se negaba a servir en el Ejército en un país en el que tal cosa no es solo obligatoria, sino que constituye un rito de iniciación venerado. Era incapaz de conciliarse con la idea de participar en la ocupación de Cisjordania. Volvía en autobús del centro de reclutamiento, donde acababa de hacer su declaración de intenciones, cuando miró a su alrededor y tomó conciencia de los uniformes de color verde oliva que llevaban todos los jóvenes de su edad que viajaban con ella y que ella había dado siempre por hecho que vestiría algún día. Siendo ella como ellos, no era como ellos. A esa soledad me refiero.»

Hay que ser pesimista y no contar con una victoria segura

«De entrada, podría parecer que el optimismo es amigo del disidente. Resulta reconfortante actuar como si las cosas fueran a mejorar siempre. Sin embargo, no tengo muy claro que sea esa la actitud más sensata. Uno puede esperar una eternidad a que cambie el curso de la historia y el optimismo podría transformarse en pasividad. Por algo lo definía Voltaire como «una filosofía cruel con nombre consolador». La desesperación total tampoco es la respuesta. ¿Entonces? **Se diría que el enfoque que supera a ambos, el que parece adoptar la mayoría de los disidentes, es el pesimismo.»**

«Hillesum fue una persona extraordinaria. Curiosamente, a pesar de haber pasado buena parte de mi vida leyendo acerca del Holocausto, no he topado con su diario hasta hace muy poco. Quizá sea por su rechazo del victimismo, pero lo cierto es que sus escritos se nos presentan como un objeto extraño de colección. Estaba resuelta a no dejarse poseer por su desesperación ni seducir por espejismos en un momento en que el mundo mismo debía de tener la sensación de haber llegado a su fin. Percibía con gran lucidez cuanto estaba ocurriendo y se mostraba pesimista acerca de sus propias probabilidades, pero, de algún modo, tal actitud le permitió ser más consciente, no dejar que nada — ni siquiera la contemplación de quien la oprimía— escapara a su entendimiento ni pasase sin conmoverla.»

«Y si nos alejamos más todavía, ¿no existe una peste — la mismísima muerte— que vendrá a llevarse a todos y cada uno de nosotros? Perdón. **Pero el pesimismo con esperanza del disidente es precisamente lo que necesitamos todos, si somos honestos, para superar nuestro paso por la vida.»**

«A veces tengo que preguntarme por qué me parece tan importante — a mí, personalmente— entender lo que hace falta para ser un disidente. Sí, vivimos tiempos que exigen que hagamos introspección sobre la resistencia y dichas figuras nos muestran cómo hacerlo; pero dudo que se trate solo de eso. El miedo a la muerte también acecha en el fondo. Resulta reconfortante encontrar modelos dignos de imitación que afrontan su vida con semejante presencia de ánimo, que hacen su trabajo porque es lo que importa en el presente y no por lo que pueda reportarles en el futuro ni porque pueda tener la virtud de detener el tiempo; personas que hacen lo que pueden.»

Hay que ser divertido y reírse del poder

«La historia de Alejandro y Diógenes tiene un epílogo. Después de que el filósofo despachara al rey, todos los cortesanos que presenciaron la escena rompieron, según Plutarco, a «reír y hacer bromas», y Alejandro, en lugar de pedir que lo ajusticiaran, como podría haber hecho, quedó desarmado y no pudo menos de sonreír impresionado ante «la arrogancia y grandeza de espíritu de un hombre capaz de tratarlo con semejante desdén». Se volvió hacia su séquito y aseveró: —Os diré una cosa: si no fuese Alejandro, yo sería Diógenes. **En mi opinión, quería decir con ello que la capacidad del filósofo para hacer reír constituía cierta forma de poder, algo que el creador de un imperio no podía sino respetar**.»

«Si aceptamos que la soledad nos ayuda a hacer frente al conformismo, y el pesimismo vigilante ayuda a eliminar las promesas vacías del optimismo, el humor representa el antídoto contra el

sentimentalismo pernicioso, que amenaza con hacernos luz de gas y convencernos de que todo va bien.»

«El humor transgresor también hace las veces de cuchillo. Por eso Stalin mandó al Gulag a Ósip Mandelstam por el simple hecho de ridiculizar su irrisorio bigote y por eso **una de las primeras cosas que hizo Vladímir Putin al hacerse con la presidencia de Rusia fue poner fin a un popular programa satírico de marionetas en el que aparecía una caricatura suya en forma de muñeco bebé llorón con los ojos muy juntos y orejas enormes.** Manifestaciones humorísticas así hacen bajar de las nubes a quienes pretenden ser vistos como dioses. Los archivos de la policía parisina de finales del siglo XVIII, justo antes de la Revolución francesa, abundan en informes de agentes que rastreaban en qué café se contaba un chiste verde acerca del rey. En Europa, siglos después de la invención de la imprenta, las autoridades seguían persiguiendo y reprimiendo a quienes vendían láminas populares en las que se representaba «el mundo del revés», en el que los ratones atacaban a los gatos y un buey sacrificaba a un carnicero, como si estuvieran traficando con armas.»

«Y así pasaron semanas. **Ai (Weiwei)** había convertido su encarcelamiento en otro ready-made. Cuando lo liberaron, las cicatrices que le había dejado la experiencia no le impidieron seguir interactuando con sus interrogadores. Le habían llenado el estudio de cámaras de vigilancia a fin de observar sus idas y venidas, y él colgó farolillos rojos de estilo tradicional debajo de cada una de ellas a fin de introducir, en sus palabras, «una nota festiva en aquella calle lúgubre y gris» y socavar con ello sus amenazas. Además, a fin de conmemorar el aniversario de su detención, decidió recrear la experiencia de encontrarse en constante supervisión que había conocido en la cárcel e instaló en su casa cámaras web para transmitir en directo toda su existencia, incluidas sus horas de sueño. «Ya que tanto les interesa mi vida, voy a proporcionarles acceso a cada detalle», fue la explicación que ofreció en línea. En las cuarenta y siete horas y nueve minutos que transcurrieron antes de que la clausurasen, su página recibió 5.200.000 visitas. Los espectadores hicieron capturas de pantalla de Ai mientras dormía y las convirtieron en memes.»

«Esta irreverencia — la del humor negro, por ejemplo, de los disidentes soviéticos que brindaban con vodka diciendo: «¡Por el éxito de nuestra causa perdida!»— tiene la doble intención de desarmar a un opresor y hacer que los propios disidentes se sientan un tanto menos asustados. Cuando leí las memorias que escribió en la cárcel **Alekséi Navalni**, el activista anticorrupción que murió en circunstancias misteriosas en 2024 en un campo de trabajo cercano al círculo polar ártico, me sorprendió muchísimo su incansable sentido del humor. Estando en huelga de hambre, cuando llegó a alcanzar el peso que había tenido con unos catorce años, anotó con tristeza: «Sigo sin tener tableta».»

Hay que ser racional y no cansarse de hacer preguntas

«Me he centrado en la postura del disidente, en lo que se cuece dentro de su cabeza. Sin embargo, llega un momento en que el disidente tiene que entrar en acción. Y este punto comienza, por extraño que resulte, con el acto de pensar. No es fácil concebir el paso de la actitud a la acción sin que medie un proceso riguroso de indagación racional, porque es eso lo que conduce en muchos casos a conclusiones nuevas acerca de la realidad al poner patas arriba lo que habíamos dado por sentado que era cierto.»

«Hablar de «superstición» fue la mejor manera que tuvo **Spinoza** de describir el fango en el que, a su parecer, se encontraba atollada la humanidad y del que él trataba de escapar. Sin embargo, si avanzamos la película poco menos de trescientos años hasta finales de la década de 1920 para centrarnos en una húmeda celda del sur de Italia, daremos con un término más preciso: hegemonía. **Antonio Gramsci**, periodista y parlamentario comunista de marcada joroba, sufrió arresto y fue encarcelado por orden de Benito Mussolini en 1926. **«Tenemos que impedir que este cerebro funcione en los próximos veinte años», aseveró la acusación durante su proceso.** Gramsci habría de pasar más de una década entre rejas, y dedicó aquel tiempo a escribir sin descanso. En total, llenaría tres mil páginas con sus pensamientos. Y aunque abarcó un abanico muy amplio de asuntos políticos y filosóficos, se vio impulsado por una pregunta concreta: ¿por qué las clases obreras y campesinas, que deberían sentirse atraídas por el comunismo, parecían haberse dejado subyugar de tal modo por Mussolini? ¿Por qué había ganado el fascismo?»

«Me gusta leer a un antropólogo como Talal Asad, británico nacido en Arabia Saudí que estudia con ojo escéptico conceptos occidentales como los de «justicia», «libertad» y aun «religión». ¿Cómo explicamos los occidentales, por ejemplo, que las muertes civiles causadas por un ataque suicida nos provoquen una reacción emocional distinta de las que se producen por lo que llamamos «daños colaterales »? ¿Es que una de estas formas de violencia es más legítima que la otra, que hay una clase de asesinato menos asesina? ¿No estaremos limitándonos a ocultarnos a nosotros mismos nuestra condición de «bárbaros»? ¿Y de dónde procede, en realidad, el pavor instintivo que nos produce la idea de un atentado suicida? La vida, responderemos, es lo más valioso. Pero ¿por qué? ¿Tan evidente es desde un punto de vista moral, se plantea Asad, que debamos preferir la vida a cualquier precio frente a una muerte libremente aceptada? ¡Qué preguntas! Lo dejan a uno atolondrado. Asad, que quede claro, no está justificando el terrorismo suicida; pero quiere que analicemos desde cierta distancia esa sensación de pavor, que le demos la vuelta, que la desmontemos. Si no es tan natural como pensábamos, ¿qué debemos hacer frente a ese conocimiento? ¿Cuáles son las siguientes preguntas que deberíamos formularnos?»

Hay que estar al tanto y dejar constancia de lo que se ve

«El afán totalitario por dominar la historia resulta grotesco. Piénsese, por ejemplo, en los álbumes de fotos soviéticos de la década de 1930, llenos de rostros tachados, gentes sin cabeza por el frenético pintarrajeo de quien trataba de hacer desaparecer a personas de su propia familia. Siempre me ha parecido que uno de los detalles distópicos más alarmantes del 1984 de George Orwell era el de los agujeros de memoria, los conductos donde se arrojaban, sin más, los datos poco favorables o incongruentes para que se incinerasen.»

«La historia debe, es cierto, interpretarse y reinterpretarse con el tiempo, pero estoy hablando de algo diferente: del uso del poder para borrar por completo de un plumazo ciertos hechos del pasado al mismo tiempo que blanquea o da brillo a otros.»

«El hecho de estar al tanto puede adoptar muchas formas, pero se reduce a una idea sencilla: mantener los ojos abiertos cuando nos ordenan cerrarlos. Se da la circunstancia de que tal cosa es también la que guía a muchas personas con creatividad — escritores, cineastas y demás artistas—, que tienden a sentirse irritadas (e intrigadas) cuando les dicen que no miren. Es el

cometido del disidente que más accesible me parece, tal vez porque no parte tanto de ser valeroso como de tener curiosidad.»

«¿Qué llevó a Ringelblum y al resto a creer que los tres millones de judíos que habían vivido en otro tiempo en Polonia y los detalles relativos a sus últimos días podían importarle a alguien? Nadie parecía muy preocupado por su muerte en masa. Yo tengo la impresión de que lo hicieron sobre todo por ellos mismos, como un modo de no perder la dignidad, ni la cordura, en medio de tanta destrucción y de la indiferencia total por sus vidas. Tal como escribió en una nota que se incluiría en el archivo uno de los adolescentes encargados de cavar el agujero en que habrían de enterrarse las lecheras: «Hemos sepultado lo que no hemos sido capaces de mostrar al mundo con gritos ni con llantos».»

«Todos estos testimonios constituyen reivindicaciones vitales disidentes, y no solo porque la mayoría de sus autores haya muerto, sino porque nunca estuvieron destinados a que nadie los recordase. Li Jinghang, superviviente de Jiabiangou, consternado ante la destrucción del monumento conmemorativo, miraba a la cámara de Ai Xiaoming y resumía con estas palabras el meollo existencial de la cuestión: «Ahora que han destrozado la lápida, se entiende que Jiabiangou no existió nunca. Es como decir: olvidad el pasado; los seres humanos no tienen ninguna necesidad de conservar la historia. Si es así, habría que preguntarse qué es lo que define a la humanidad; qué significa ser humano».»

Hay que ser temerarios y sacrificarse por los motivos acertados

«Puede parecer una palabra negativa, pues, de hecho, por lo común la asociamos a una conducta estúpida; pero es imposible entender lo que hace un disidente sin tener en cuenta los peligros que afronta. Porque ser temerario significa también dejar que a uno le lluevan palos a fin de poner de manifiesto una injusticia, pasar hambre con la esperanza de conmover a otros con la contemplación de nuestras mejillas consumidas. La temeridad es el cálculo de que el dolor puede valer la pena. Pero no por ello deja de doler. Esto me suscita muchas preguntas, demasiadas, quizá, para un libro que se presenta como una guía. La primera es cuánta temeridad puede considerarse demasiada temeridad. La línea no está, en absoluto, bien definida, pero planteárnoslo nos permite estudiar la faceta más perturbadora de la identidad del disidente. **Cortocircuitar el impulso de autoconservación, lo que normalmente consideramos mostrar coraje, exige una conciencia abrumadora, un compromiso con los propios principios tan marcado que no puede ser sino la representación más perfecta de lo que significa ser libre o — y esto es algo que odio decir— una forma de locura.»**

«Y cuando el daño corporal es el precio que hay que pagar por la libertad, ¿hasta dónde puede llegarse antes de que se vuelva contraproducente, antes de que no constituya otra cosa que añadir dolor al dolor?»

En lo que respecta a Navalni, tengo que reconocer que soy poco imparcial. En muchos sentidos, lo considero el disidente por antonomasia. Se había criado en la Unión Soviética, viendo a sus padres esconder el teléfono bajo una almohada a fin de evitar las escuchas del KGB, lo que lo puso en guardia contra la clase de engaño y de autoengaño necesaria para subsistir en un sistema semejante. En la década de 1990, depositó junto con sus amigos liberales toda su fe en la promesa de democratización, pero acabó por desencantarse con Borís Yeltsin y sus

compinches, en quienes pudo ver una nueva amenaza. La corrupción no dejaba de agravarse por todas partes y Navalni, abogado a esas alturas, puso la mira en los impulsos ladrones de la nueva clase gobernante.

«La temeridad puede volverse dañina, convertirse en un modo de consagrar el sufrimiento propio. Temo que pudo ser eso precisamente lo que le ocurrió a Simone Weil. […] ¿Estaba Weil ofreciendo un ejemplo moral, o se había pasado a algo que hoy habríamos calificado de enfermedad mental? No tengo muy claro cómo analizar esto sin meterme en la cabeza de nadie. Cuando Navalni embarcó en el avión que lo devolvería a Rusia, ¿fue siguiendo sus «convicciones» o empujado por algún deseo latente de acabar con su propia vida? No lo sé, pero el final que conoció Weil me preocupa, y todavía me es más complicado entender por qué tuvo que hacer tal cosa a su propio cuerpo y cuál era su objetivo.»

Hay que ser leal y superarse

«Los sistemas totalitarios se mantienen en el poder sembrando la desconfianza y la sospecha: alienan a sus gentes entre sí y las empujan a la introversión. **La lealtad entre los disidentes es toda una fuerza de contraataque.** Y, al contraatacar, permite la formación de una sociedad alternativa, aunque al principio consista sin más en un grupo de diez personas que hablan bajando la voz en una trastienda.

«Parece un oxímoron: el disidente leal. Sin embargo, lo cierto es que nadie quiere actuar solo: es algo demasiado arduo en el plano emocional y, en el estratégico, nos condena a no avanzar nunca demasiado. La cuestión, por consiguiente, no es si vale la pena unirse a otros, sino qué es lo que obtenemos a cambio de sacrificar parte de nuestra individualidad.»

«Esa es la diferencia entre una madre que se sienta sola en un banco de la plaza de Mayo a llorar al hijo que ha perdido, o incluso que se desgañita ante un burócrata de la Casa Rosada, y cientos de madres que marchan en círculo gritando consignas semana tras semana con un pañuelo blanco en la cabeza. **Y a eso es a lo que se refería Arendt: el poder no es algo que ejerza una persona, sino una corriente que fluye entre la gente cuando actúa en unión**.»

«Hebe de Bonafini se felicitaba por el éxito de su estrategia y reconocía que, por despiadado que pudiera sonar, sus compañeras y ella encontraron cierta felicidad; que, en medio de todo aquel terror, de los hijos desaparecidos, que cada día parecían más difíciles de encontrar, creció con timidez la risita de la paradójica felicidad procedente del apoyo mutuo que se brindaban las madres.»

«Más tarde supe que tal intimidad — lo que los sociólogos llaman «lazos interpersonales fuertes»— suele darse casi siempre entre disidentes. De los voluntarios que, venciendo el miedo a los ataques del Ku Klux Klan, viajaron al sur de Estados Unidos durante el Verano de la Libertad de 1964 a fin de registrar en el censo electoral a integrantes de la población negra, quienes siguieron adelante habían empezado la estación con el doble de amigos íntimos en el movimiento que quienes claudicaron. Y en lo que respecta a las protestas que se dieron en Leipzig en 1989 y desembocaron en la caída del Muro de Berlín, cierto estudio concluyó que la probabilidad de participación de un individuo aumentaba en el caso de que tuviese siquiera un amigo disidente.»

«La idea de la «aparición» de Arendt, el hecho de exponerse al público, parece depender en gran medida de la vulnerabilidad mutua, de lo que consideramos amistad. Ella lo expresa en estos términos: «La presencia de otros que ven lo que vemos nosotros y oyen lo que nosotros oímos nos ofrece garantías acerca de la realidad del mundo y de la nuestra propia».»

Hay que ser presuntuoso y actuar como quien tiene poder

«Los disidentes que vivían bajo regímenes comunistas en las décadas de 1970 y 1980 practicaban un juego de ilusionismo que podía resumirse con dos palabras: como si. Vivían en sociedades privadas de libertad, pero actuaban y pensaban como si fuesen libres. Asumían su propia libertad. Cuando el historiador Timothy Garton Ash visitó Polonia a principios de los ochenta empleó esta fórmula con frecuencia. Estaba siendo testigo de la eclosión del movimiento Solidaridad (Solidarność), del nacimiento, se diría que de la nada, del primer sindicato independiente del bloque soviético. En su trato con poetas disidentes y trabajadores de astilleros, no pudo menos de maravillarse al ver la indiferencia que mostraban ante el peligro y su resolución a dejarse guiar por lo que él entendió como «un principio fundamental: actuar en cada instante como quien vive en un país libre».»

«Esto también forma parte de la presuntuosidad: **nuestras elecciones morales no tienen nada de insignificante. Podemos descartarlas por considerar lo contrario, pero Thoreau confiere una importancia colosal a la capacidad que tiene cada persona de poner freno a todo un sistema.** Si todo aquel que piensa que la esclavitud está mal se negara a pagar sus impuestos y fuese por ello a la cárcel, la esclavitud no tendría futuro. «La minoría — escribió— será impotente mientras se amolde a la mayoría», pero «adquirirá una fuerza irresistible si pone todo su peso en volverse un obstáculo» para el sistema. Reservaba sus términos más mordaces para quienes, compartiendo sus ideas, «se quedan de brazos cruzados y, por no saber qué hacer, según dicen, no hacen nada».»

«He estudiado la actitud del disidente — irreverente y lúcida— y he pasado mucho tiempo pensando en lo que hace en realidad, en cómo emplea su cerebro, sus ojos y su cuerpo; pero aún hay una pregunta más básica y también más profunda que debemos abordar: ¿para qué sirve un disidente? ¿Por qué necesitamos tener entre nosotros a estos antagonistas, a esta gente tozuda y tan resuelta? La presuntuosidad podría constituir el comienzo de una respuesta. Es más que simple arrogancia. Nos salva del inmovilismo, de la adopción de maneras de ser heredadas que, aun pareciéndonos erradas o alejadas de lo óptimo, se han convertido en reflejos a los que nos amoldamos sin pensar. ¿O no es el disidente la clase de persona capaz de ver lo que a los demás se nos escapa, la clase de persona dotada de lo que el filósofo marxista Ernst Bloch llama «conciencia anticipadora»?»

«**Alexander Volpin** dijo una vez refiriéndose a los ciudadanos soviéticos que exigían sus derechos: «Si lo hiciera una persona, la harían mártir; si fueran dos, los acusarían de organización enemiga; si fueran miles, sería un movimiento hostil; pero si lo hiciera todo el mundo, el Estado tendría que volverse menos opresivo».»

Hay que ser humano y ver al prójimo en su totalidad

«Ha llegado probablemente el momento de hablar de **Jesús de Nazaret**. Hay motivos de mucho peso para considerarlo un disidente y no solo porque murió por orden del Estado. En muchos sentidos, encarna el arquetipo de la dualidad de la que hemos hablado: un hombre cuya palabra y obra canalizaban fuerzas tan inmortales que acabó por ser visto como hijo de Dios, pero que, al mismo tiempo, desafiaba al poder de forma muy tangible (aunque milagrosa) al curar al enfermo y dar de comer al hambriento. Nunca es tan humano como cuando trata de entender en los Evangelios por qué ha sido elegido para esta fatídica misión — como Navalni al contemplar los «aspectos poco agradables» de la suya—: un disidente que se ve empujado por una fuerza mayor que él mismo, una fuerza que no siempre logra comprender. Tal como lo expresó en uno de sus sermones el teólogo anglicano Sam Wells, Jesús «tuvo que jugarse la vida porque era así: no podía hacer otra cosa». ¿No lo hemos oído antes?»

«Si la muerte hace que nuestra mente se centre en el sentido de la vida, es el nacimiento el que prende nuestro raciocinio, de modo que lo que importa son todas las permutaciones posibles de una vida, los actos, distintos y variados, que puede protagonizar una persona y son imposibles de predecir. «Forma parte de la naturaleza del comienzo — escribe **Arendt**— que surja algo nuevo imposible de predecir por cuanto haya ocurrido antes». La filósofa encuentra este hecho esperanzador. Es lo que la ayuda a explicar los fenómenos revolucionarios, y en particular la Revolución estadounidense, su favorita. Pero tampoco es difícil entender que tuviera la necesidad de pensar de este modo: acababa de escapar por los pelos a un genocidio y quería creer que su propia vida y el mundo mismo podían rehacerse. El disidente vive con este sentido de la natalidad. Estoy convencido. No es que crea que todo va a salir bien, sino que tiene la sensación de que siempre es posible volver a empezar.»

Epílogo: Cómo tendríamos que actuar

«Si detallara lo que he hecho en estos casos, mis actos podrían parecer extremados a algunos y de todo punto insuficientes para otros. Pero lo que más importa, según lo entiendo ahora, es la elección, sentirse impelido a elegir y ser capaz de hacerlo. La mayor enseñanza que me han brindado estos disidentes es que debo permitirme cierta agitación, que puedo dejar que la náusea moral que me provocan estos dilemas se quede un tiempo más conmigo en lugar de tratar de aplacarla. Hay sacrificios y soluciones intermedias. Necesito sopesarlos y, luego, actuar. Lo esencial es no abdicar este poder. La otra lección — la que más me sorprendió, porque es la que más cuesta poner en práctica— es la de no preocuparme por la probabilidad de que mis actos marquen una diferencia de manera inmediata: si hago algo que me parece bueno es por el acto mismo, porque creo que es lo correcto; porque de otro modo no podría vivir conmigo mismo.»

CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):

659 45 41 80/ laia.barreda@planeta.es